

## COMPÁS 871

*Roxana Cantarely*

*Escritora salvadoreña*

*Catedrática del departamento de Letras y Periodismo de la UCA*

Me dirigía a mi clínica a lo que se podría haber considerado una entrevista habitual con un paciente de Psiquiatría cuyo diagnóstico era esquizofrenia y delirio de persecución. Lo cierto era que el caso me había llamado la atención al consultar la ficha en el despacho, pues el paciente tenía sinestesias vívidas ( dos palabras que estaban resaltadas con marcador anaranjado ) ; por ello decidí hacerme cargo de él personalmente, aunque no era mi tarea, ya que como director del hospital psiquiátrico tenía varios años de dedicarme solamente a aspectos administrativos. El paciente se llamaba Hastings C. Mata, un hombre blanco, de 38 años, quien estudió en Darmstadt, en la sede de la famosa Universidad Técnica (TU Darmstadt), uno de los institutos tecnológicos más importantes de Alemania. Hastings es reconocido en el ámbito de las investigación y de la en las disciplinas de ingeniería Eléctrica, y Mecánica.

Hastings sentía que solamente le faltaba explorar el ámbito del arte y decidió llevar a la par estudios de literatura, y le encantaba sobremanera la música y la poesía. Vivir en Darmstadt era determinante ya que era un importante sector industrial, científico y educativo a partir de comienzos del siglo XX. Y además es un lugar que alberga industrias químicas como Merck, y Röhm .La ciudad es reconocida por ser sede del Centro Europeo de Operaciones Espaciales de la Agencia Espacial Europea y por el hecho de que el elemento Darmstadtio (número atómico 110) de la tabla periódica tomo su nombre en honor a la ciudad, al haber sido sintetizado en el centro de investigación sobre iones pesados (*Gesellschaft für Schwerionenforschung*, GSI) situado en Wixhausen (norte de Darmstadt).

Hastings definitivamente era un genio, pero recuerden que entre el genio y el loco hay una línea tenue y frágil quizás de color amarillo y con un sonido como el del piano de Debussy y cuando está línea empieza a traspasarse suena a Jazz y es de color rojo y azul. H. C. Mata además de ser un paciente psiquiátrico era Ingeniero Mecánico graduado

de la Universidad de Darmstadt, un hombre amante del conocimiento y del debate y se había inscrito en la *Deutsche Akademie für Sprache und Dichtung* (Academia Alemana para la Lengua y la Poesía) para aprender e investigar sobre las sinestesias, tema que le atrapaba la curiosidad y la atención. Y soñaba con ganar el premio anual de la Academia, denominado *Georg-Büchner-Preis* en honor a Georg Buchner, que está considerado como uno de los más prestigiosos premios literarios para escritores en lengua alemana. Hasting había estado dando clases hasta hacía cosa de seis meses, cuando fue destituido después de un periodo de faltas continuadas de asistencia, desatención y menosprecio para con los alumnos.

Lo realmente interesante del Ing. Mata era que afirmaba tener sinestesias vívidas, escuchar una canción y sentir con olores la música, sensaciones táctiles en el roce del aire, y sonidos mezclados con colores de las figuras geométricas, además de un delirio constante de persecución que olía a barracones y era de color café oscuro. "Pobre hombre", pensé mientras abría la puerta de la habitación 871, que en realidad era un pequeño cuarto adecuado para aquel tipo de entrevistas.

Buenos días, Ingeniero Mata - dije mientras tomaba asiento al otro lado de la pequeña mesa sobre la que reposaban las manos de C. Mata-. Soy el doctor Fremont Kiefer.

La imagen que daba el paciente no era la que Fremont se esperaba. En lugar de un hombre desaliñado, perturbado y esquizofrénico que no dejaba de moverse y mirar por encima del hombro esperando ver un color o sentir el sonido de un círculo que lo observaba, se encontró con un hombre distinguido que irradiaba seguridad en sí mismo. La misma impresión le dio el sonido de su voz:

- Buenos días, doctor.

Tras una pequeña pausa para darse respetuosamente la mano, Fremont comenzó la entrevista.

Bien, ingeniero, aquí veo que fue usted detenido por la policía cuando preso del pánico intentó dispararle a su colega, el Físico, Geert Huth, en plena universidad. Dígame, ¿es eso cierto?

- Sí, lo es - su voz seguía siendo tranquila y segura.

-¿Le gustaría explicármelo?

- Doctor - comenzó a decir Mata, después de lanzar un suspiro de estoicismo, como si fuera la enésima vez que lo recordara, que de hecho lo era -. Yo entré a la universidad, a una clase de literatura para manifestar la existencia de mis sinestesias y explicar lo genial que era tener ese recurso para esa clase, ya que no existen reglas para las sinestesias, son intrapersonales, puesto que cuando nacemos, los diferentes centros que procesan los sentidos podrían estar conectados, y que es poco a poco, a lo largo del crecimiento y el desarrollo, cuando vamos dividiendo y especializando nuestros sentidos a un determinado estímulo.

Podría ser que los sinestésicos no hubiesen perdido algunas de esas conexiones. Como lo dice Juan Carlos Sanz, en su estudio "El lenguaje del color" (1985) en el que nos analiza el color y sus correspondencias con otros sentidos, donde la sinestesia es tomada como una capacidad que todos poseemos y por atrofia, sin embargo no lo podían entender así desde las ciencias físicas, sobre todo los newtonianos; usted me entiende doctor.

Entonces me di cuenta de que el físico Geert me miraba escéptico, pero... ¿qué le parece si intento contarle el inicio de todo para que me entienda mejor?

Como usted quiera, tenemos tiempo.

Muy bien - dijo Mata, y tras hacer una pausa para tomar aire inició su relato -. Todo comenzó en mis clases de Arte. Yo solía bromear con mis alumnos sobre la posibilidad de que sin utilizar drogas pudiésemos tener sinestesias, pero no como los poetas que tienen sinestesias intelectuales, sino sinestesias vívidas, como suelo llamarlas, y que estas estuvieran con nosotros todo el tiempo y no lo supiéramos.

Como es lógico, por los pasillos de la facultad me cruzo a menudo con mis alumnos, y yo solía preguntarles "Buenos días, Ruff" o "Buenas tardes, Lahm" ¿no tendrá usted sinestesias vívidas hoy, no?"; y ellos me contestaban "No, maestro". Y eso era todo. Eso era todo hasta que una mañana, en que me encontré a solas en un ascensor con Würdemann, uno de mis estudiantes de tercer curso.

- Y usted le hizo la pregunta, ¿no es así? - interrumpió Fremont, ya encantado con el relato.

- Por supuesto. Le dije "Buenos días, Würdemann. ¿No será que usted tiene sinestesias vívidas hoy, no?" y él me contestó "No, maestro Mata". Pero estábamos en un ascensor y el pobre no podía escapar de mí, así que decidí continuar la broma, y le dije "¿No me estará mintiendo?". Me miró fijamente y dijo "Sería imposible distinguir al loco del que tiene sinestesias vívidas por los pasillos de la universidad".

No lo entiendo, le dije.

Ni yo tampoco lo entendí en ese momento, pero cuando estaba a punto de preguntarle qué diablos quería decir, las puertas del ascensor se abrieron y Würdemann se fue rápidamente.

- ¿Y más tarde lo comprendió? - preguntó Fremont, realmente intrigado. Deseaba el final de la historia, y los ejemplos de las sinestesias vívidas.

- Sí, doctor Kiefer, al cabo de unas semanas lo vi claro: *Würdemann es un joven que tiene sinestesias vívidas.*

-¿Le importaría explicármelo? El rostro de Mata se ensombreció por un momento.

- Dígame, doctor Kiefer, ¿es usted un hombre que tiene sinestesias vívidas?

-No, no lo soy - bromeó Kiefer.

- ¿No me estará traicionando, no?

-Por supuesto que no.

¡Aja! Pero ¿cómo puedo estar seguro?

- ¿Es que tengo pinta de ser un hombre que tiene al paso sinestias vívidas? - dijo Fremont con una carcajada estruendosa.

- Si tuviera pinta de un esquizofrénico que huele todo y que siente los colores de los números y el sonido de las figuras geométricas - dijo Mata permitiéndose una leve sonrisa - la pregunta sería innecesaria, ¿o no?

- Sí, claro. Lo que usted quiere decir es que esos hombres con sinestias vívidas caminan por las aceras como cualquier otro con un aspecto humano normal, ¿no es así?

Sí

- Pues bien, ingeniero Mata, si me lo permite le voy a demostrar que eso es científicamente imposible. Sé que es usted muy inteligente, y supongo que está al corriente de las leyes de la percepción.

-Así es.

- ¿Y realmente cree que las especies puedan tener una posibilidad evolutiva total, siendo posible unificar todos los sentidos y darle sonido a lo inaudible, color a lo incoloro, e incluso tener sinestias conjuntas sin estar esquizofrénico?

Evidentemente no es posible, pero yo no he afirmado lo contrario. Simplemente he dicho que se presentan ante nosotros con nuestra misma apariencia, que es una posibilidad bioquímica.

- Ya entiendo. Lo que hacen es disfrazarse de hombres normales, controlar sus sinestias ¿no? - dijo Fremont con ironía.

- Sí, eso es exactamente lo que hacen.

- Y supongo que me va a explicar usted cómo lo hacen.

- Bien, se me ocurren varias posibilidades. ¿Qué le parece si se las presento una a una y usted intenta rebatírmelas desde su perspectiva de - las manos de Mata acompañaron las últimas palabras dibujando dos comillas en el aire - “psiquiatra”?

-Me parece bien.

De hecho a Fremont le encantaba la idea, era un ejercicio pensado como los que solía realizar Einstein para elaborar la ley de la relatividad. Siempre le habían gustado las discusiones inteligentes sobre cualquier tema. Le gustaba analizar el objeto de disputa punto por punto y demostrarle a su contrincante que su postura era errónea desde la base, para acabar la discusión con una sola frase que no dejara lugar a dudas sobre quién tenía

razón. Y aún le gustaba más en esta ocasión, pues el rival era a todas luces una persona inteligente (y por tanto la discusión también lo sería) que defendía una cosa tan absurda como la existencia de estudiantes que no eran otra cosa que seres con sinestesias vívidas. Iba a ser una gran discusión.

- De acuerdo, pues ahí va la primera. ¡Ah, perdón! - rectificó Mata -. En primer lugar me gustaría que accediera a una deducción.

-¿Cuál es? - preguntó el doctor Fremont.

- La existencia de las sinestesias y su intensidad. Digamos que hay muchas formas en que esto puede ocurrir sin que el hombre se diese cuenta, ya sea porque tienen una alteración en los sentidos o porque son muy sensibles o incluso un trastorno en el cerebro a causa de alguna medicina o droga.

- De acuerdo, ingeniero Mata, le acepto que hay sinestesias y que tienen mucha intensidad y todos esos factores que las pueden producir.

Demuéstreme que se pueden disfrazar y ser parte de la vida cotidiana del hombre.

- Primera posibilidad: su aspecto es totalmente el de una metáfora, así que no podemos saber si el interlocutor está hablando en lenguaje denotado o connotado. Por tanto, lo que tenemos no son sino verdaderos hombres controlados por las sinestesias vívidas como los bebés que pueden sentir gustativamente la voz de la madre y una vez que tienes la capacidad de las sinestesias es para toda la vida. Una vez que tienes este tipo de asociación de que el cinco es verde, o un cierto sonido son triángulos azules, siempre está ahí, nunca cambia.

- ¡¿Cómo metáforas?! ¿Las han construido igual que los poetas?

- A partir del modelo literario o figurado, evidentemente. A partir de una simple muestra de lógica podrían...incluso soñar a color.

- ¡Oh, vamos! Usted ha visto muchas películas de Spielberg. Es imposible reproducir realmente una sinestesia vívida, es solo un recurso del lenguaje figurado, al final un recurso de pensamiento lógico, un juego de lenguaje o podríamos decir una licencia del artista.

- Es imposible de momento, doctor. Pero, ¿no cree usted que en el futuro será posible?

- En un futuro muy, muy lejano - empezó a decir Fremont acompañando la voz con movimientos hacia adelante y hacia atrás del brazo y de la mano - quizá sea posible, pero de momento no.

- ¿Y si los hay, si hay personas que se adelanten a nuestros tiempos, que nos lleven millones de años de ventaja, como Da Vinci o Kandinsky? - el rostro de Mata reflejaba una pequeña sonrisa de triunfo -. ¿No cree que en ese caso sería posible que hubieran alcanzado esa capacidad?

- Bien, en mi opinión eso es mucho suponer - dijo Fremont, vacilante.

- Pero no está seguro, ¿eh? - dijo Mata, burlón -. ¿Qué le parece si le doy una alternativa más creíble?

- Usted dirá.

- Suponga que las personas toman una droga que modifique las endorfinas y que esto los sensibilice y les de la posibilidad de tener esa capacidad, ¿qué opinaría?

- Evidentemente eso sí es más creíble, pero ¿cómo se modificaría el proceso de la endorfina?

¿Seguramente ha oído hablar de las experiencias subjetivas y las sensaciones intensas de las que son culpables las endorfinas?

- Sí - dijo Fremont -. Hay personas que dicen haber anulado la sensación del dolor mientras realizaban un ejercicio y otras que dicen que después de tener relaciones sexuales han abolido sensaciones de estrés y logran tener sensación olfativas muy agudas. ¡No me diga que se lo cree!

- Simplemente le expongo una teoría que explicaría lo de las sinestesias vívidas. ¿No lo cree así?

- Bien, sí, supongo que sería una posibilidad remota, pero factible.

La mente de Fremont estaba trabajando al 300% para salir de la encerrona en que él mismo se había metido. No podía permitir que el ingeniero Mata le ganara ni una pequeña batalla intelectual, aunque estuviera seguro de que al final sería él quien ganara la guerra. Pero cuando ya estaba a punto de claudicar se le ocurrió la solución. Los músculos de su cara se relajaron instantáneamente para volverse a contraer y producir una sonrisa de satisfacción, a la vez que abría la boca para comenzar el ataque definitivo.

- Muy bien, ingeniero Mata. Le voy a aceptar que las endorfinas podrían crear sinestesias vívidas en los seres humanos. Pero hay una cosa en la que no ha caído usted.

- Me gustaría mucho que me abriera los ojos, doctor.

Mata parecía cada vez más divertido.

- Würdemann . Ese es el nombre del estudiante con sinestesias vívidas, ¿no?

- Sí. ¿Qué pasa con él?

- Pues que estoy seguro de que si investigamos en su vida descubriremos que tiene alguna patología psíquica, una herencia de RM o que es un adicto lo que le excluye de ser un ser humano con sinestesias vívidas.

- ¿Y qué? Como le he comentado al principio, puede que una droga haya hecho posible que se desarrolle esa capacidad desde un proceso bioquímico en las endorfinas. Así, podrían haber una explicación. Estas endorfinas serían parte de una respuesta a estas sensaciones.

Fremont ya se esperaba que Mata le llevara por ese atajo, y se lanzó a agotar la jugada.

- Sí, pero eso nos conduce de nuevo a Würdemann. Tal vez su adicción sea el origen de una sinestesia vívida, pero él la ha elaborado igual que un poeta. Su entorno sin embargo sigue siendo lógico. Lo más probable es que tenga alguna habilidad para lo literario, o como mucho se puede atribuir a una necesidad de comunicar en lenguaje figurado lo que no puede comunicarse con el lenguaje denotado. Por lo tanto, dejaría automáticamente de estar controlado por las sinestesias vívidas, y se podría considerar humano normal, con lo que sería imposible que tuviera una capacidad especial.

Ahí estaba. Acababa de ganar la batalla y se dedicó a contemplar el semblante de Mata para ver cómo se borraba su risa burlona. Pero no fue eso lo que sucedió, sino que la sonrisa se acentuó aún más, y dijo:

- Muy bien, doctor Fremont. Un argumento algo tosco, pero bastante concluyente. Si quiere que le diga la verdad hace tiempo que llegué a él. Lo cierto es que Würdemann tiene una vida aparentemente normal, le conocí hace algún tiempo, pero eso no viene al caso.

- ¿Quiere decir que está de acuerdo conmigo? - preguntó Fremont, confundido.

- Por supuesto.

Fremont estaba realmente aturdido por la forma en que Mata le había arrebatado su brillante victoria, pero eso le envalentonó a continuar la discusión haciendo trabajar al máximo a todos sus sentidos.

- Adelante - dijo enérgicamente.

- Imagínese que los que tienen sinestesias vívidas tuvieran la capacidad de controlarlas por lo menos ante los demás. Podrían pasar desapercibidos.

- ¡Eso es aún más fantástico que lo anterior! No puede intentar convencerme de ello, ingeniero -se burló Fremont, luego se rió fuerte pero un poco nervioso.

- Yo creo que sí. Dígame, ¿no es cierto que Las endorfinas son péptidos (pequeñas proteínas) derivados de un precursor producido a nivel de la hipófisis, una pequeña glándula que está ubicada en la base del cerebro y que es por esto que las endorfinas son consideradas nuestros opiodes endógenos, es decir producidos por nuestro organismo?

- Sí.

- ¿Y no es cierto que ese proceso se realiza porque los péptidos opioides son polipéptidos pertenecientes al grupo de los compuestos neuropéptidos. Al igual que otros agentes afines, estos presentan propiedades neuromoduladoras ?

- Bien, muy a grandes rasgos, sí, es correcto.

- O sea, que las endorfinas actúan como neurotransmisores producidos por el organismo en respuesta a varias situaciones entre las cuales se encuentra el dolor y la alegría o la excitación. ¿no?

- Así es - dijo Fremont.

- ¿Y no es verdad que todas las endorfinas pueden ser como una droga, como la morfina; pueden provocar la incentivación de sensaciones de placer, de alegría, de bienestar y hasta de euforia. Y logran la modificación de la percepción de las cosas (sonidos, olores, sensaciones táctiles) que deja atrás visiones depresivas o tristes en situaciones de interacción con el mundo?

- Sí. Pero no veo a dónde quiere usted llegar.

- Lo que quiero decir es que las sinestesias vívidas pueden ser posibles a raíz de un cambio bioquímico en las endorfinas y así el ser humano tendría la capacidad de tener sensaciones de color, olor, tacto y gusto fuera de lo común y con una intensidad increíble. ¿Es así?

- Sí, así es. Pero una vez una persona tenga esas sensaciones vívidas no podría vivir con ellas, serían como una tortura.

- ¿Usted cree que no puede, o no sabemos cómo hacerlo? Tal vez una especie diferente haya evolucionado hacia esta capacidad morfológica en la que pueda vivir con las sinestesias vívidas.

- Me cuesta creerlo.

- No pretendo que se lo crea, sólo que acepte que es posible.

- De acuerdo, es posible, pero volvemos a estar como en el caso anterior. Sí, pero ahora el entorno humano no podría afectar a Würdemann, porque él sería un enfermo, un esquizofrénico.

- Bien, tal vez estaría a salvo de creerse loco, pero no de ser considerado como tal. Estoy seguro de que tendrá un expediente médico en algún hospital, una revisión psicológica o psiquiátrica, cualquier cosa que demostraría que está loco. ¿Y que me dice del examen de RM?

Fremont sabía que había vuelto a ganar pero estaba seguro de que Mata lo habría previsto y contraatacaría con una nueva teoría. Y efectivamente así fue. Pero en esta ocasión el doctor Mata no sonrió, sino que dijo con seriedad:

- Brillante, doctor Fremont Kiefer. Es usted un gran debatista.

- Le aseguro que usted también.

- Gracias.

- Pero no hemos acabado, ¿verdad? - preguntó Fremont, aunque conocía perfectamente la respuesta.

- No. Falta la última posibilidad. La que en mi opinión, y espero que muy pronto también en la suya, es cierta.

- Yo también espero hacerle cambiar de parecer. Vamos, ¿cuál es?

- Bien, usted me ha demostrado que es muy difícil (pero no imposible) que estén viviendo entre nosotros hombres que posean sinestesias vívidas. Pero, ¿y si están viviendo las sinestesias vívidas “en” nosotros?

- ¿Se refiere a dentro de nuestros cuerpos?

- ¡Me refiero a dentro del cuerpo suyo o el mío o en el de Würdemann y de quién sabe cuántos cientos o miles o millones de personas más! - gritó Mata.

- ¿Como metáforas?

- Peor, como propietarias absolutas de nuestros sensaciones.

La voz de Mata ya no era ni tan calmada ni mucho menos tan sarcástica como antes. Había adquirido un cariz de gravedad que por un momento llegó a asustar a Fremont.

- Mire, eso me suena a cuentos de fantasmas que poseen a las personas. Supongo que me va a decir que es una especie de energía en estado puro o algo semejante.

- No es esa mi intención. Creo que son sinestesias vívidas, sensaciones reales en los individuos como usted o como yo.

- Continúe.

- Evidentemente son sensaciones como las que poseen a veces ciertos autistas, sin causarles grandes daños pero que no les dejan socializar fácilmente y les inhiben.

- ¿Y como se darían estas sensaciones?

- Francamente, no lo sé exactamente. Probablemente por alguna razón especial tienen esa capacidad de ser más sensibles o poseen un grado de concentración más agudo que les permite sentir a un mayor volumen. Hay muchas posibilidades.

- Pero si eso es así, ¿cómo pretende que haya sido posible que logren romper esa barrera que los autistas poseen y puedan socializar normalmente teniendo la sensibilidad tan aguda ?

- Pues porque logran controlarla, equilibrio de la inteligencia sentiente, inteligencia emotiva, llámelo como quiera.

- Me está tomando el pelo.

¿Qué quiere decir?

Pues que ese al que examinaban no era más que el vehículo de transporte de la especie con la capacidad de sinestesias vívidas de cuya existencia pretendo convencerle.

- Oh, vamos- dijo Fremont, que empezaba a pensar de nuevo en el ingeniero como un paciente al que había que curar de su esquizofrenia -. ¿Puede usted decirme cómo ha llegado a tener esta fantasía?, por favor.

- En primer lugar, no es una fantasía - dijo enojado -. Pero se lo voy a explicar. Me di cuenta de que Würdemann era de estas personas unas semanas después de hablar con él en aquel ascensor. Fue mientras mantenía esta misma discusión con otro de mis alumnos. Aunque en aquella ocasión sí eran puras fantasías de dos mentes inquietas que no deseaban otra cosa que disfrutar dejando volar su imaginación.

- ¿Y qué pasó? - gritó Fremont Kiefer, que comenzaba a irritarse.

- ¿Qué pasa doctor, ya no quiere seguir discutiendo? Si lo hacemos, estoy seguro de que llegaremos a la misma conclusión a la que llegué aquel día.

- ¿De veras? Me gustará verlo.

Fremont recuperó de nuevo la fe en sí mismo, y se propuso ganar definitivamente la guerra dialéctica en la que se hallaba inmerso. Le demostraría a Mata que los malditos sinestésicos no existían más allá de su imaginación.

- Muy bien. Le voy a explicar mi teoría, y después esperaré a que me la rebata - dijo Mata.

- Espero animado - contestó Fremont.

- En mi opinión, los sinestésicos consiguen controlar su sistema nervioso. Así, el individuo deja de ser él mismo y lo dominan las sinestesias vívidas. Es como una marioneta en manos de las sensaciones que al final lo dominan. Por lo tanto, a ojos de los que le rodean sigue siendo la misma persona, y realmente tiene un pasado y unos padres como todo el mundo. ¿Qué le parece?

- Me parece absurdo - comentó Fremont -, pero aunque no lo fuera, según su teoría sería imposible desenmascararlos. Y usted pretende haberlo conseguido. ¿Cómo explica eso?

- Pues es muy fácil. No es imposible descubrirlos.

- ¿Y cómo se puede lograr?

- Usted es psiquiatra, corríjame si me equivoco: ¿no es cierto que el cerebro es la parte del organismo que peor conocemos?

- Sí.

- ¿Y no es cierto que actualmente se cree que no usamos más que un triste diez por ciento de la capacidad cerebral?

- Sí, aproximadamente.

- Pues dígame, ¿qué pasaría si los sinestésicos, explotaran el cien por cien de la capacidad?

El doctor Fremont Kiefer lo consideró durante unos segundos y finalmente dijo:

- Supongo que la persona parecería infinitamente inteligente y tendría la capacidad de tener sinestesias vívidas.

- Bien, pero ¿cómo se manifestaría esa inteligencia?

- De múltiples formas. Podría hacer cálculos matemáticos complejos sin ayuda de calculadora alguna, aumentaría su memoria, sus razonamientos lógicos serían realmente brillantes, podrían quizás mover objetos sin tocarlos y sentir con extraordinaria capacidad sensaciones a su alrededor, incluso predecir el futuro...

- ¡Exacto! - le interrumpió Mata -. Sus razonamientos. ¿Alguna vez ha estado usted discutiendo con alguien y de alguna forma ha intuido de antemano lo que esa persona iba a decir, con lo cuál ha podido usted rebatirle algo que aún no ha dicho?

- Sí, supongo que a todo el mundo le habrá pasado alguna vez - concedió Fremont.

- ¿Y no cree que si hubiera podido pensar más rápido habría podido saber lo que le contestaría a eso y por tanto adelantarse no en una sino en dos frases al otro? - preguntó Mata.

- Usted quiere decir que los sinestésicos podrían hacer eso, ¿no?

- Sí. Creo que podrían adelantarse a una persona normal no en una, ni en dos, sino en cientos de frases y además podrían sentir los olores de objetos que ni siquiera nos imaginamos que huelen, podrían oír a metros de distancia y sentir la fricción del aire en su piel o escuchar el estruendo de una hoja que cae de un árbol, la música de la lluvia horadando el suelo ¿Y qué pasaría? Que cuando intentáramos discutir con uno de ellos no le entenderíamos, o pensaríamos que hablan sin sentido.

- Pero se supone que no quieren ser descubiertos, y por tanto irían a nuestro ritmo mental y esconderían sus sensaciones, por decirlo de alguna manera - dijo el doctor Kiefer.

- ¿Y si no pudieran? ¿Y si su mente fuera tan superior que les fuera prácticamente imposible rebajarse a nuestra altura?

- ¿A que se refiere?

- ¿No le ha sucedido nunca estar explicándole a un niño una cosa y que no entienda su razonamiento? Entonces intenta argumentárselo de otra forma y ve que se había saltado algunos pasos necesarios que usted creía evidentes. Incluso cuando ha leído un poema no ha tenido la sensación de que no logra entender el texto por completo, y que hay

cierta oscuridad que no puede develar. Me refiero a que es difícil adaptarse a una mente inferior.

- Muy bien, usted no entendería lo que el sinestésico le está diciendo. Pero entonces el simple hecho de no entender lo que una persona nos dice la convertiría en alguien diferente, en un sinestésico - razonó Fremont.

- No, sólo a aquellas cuya respuesta a una pregunta fuera extremadamente lógica. Es decir, que entre la pregunta y la respuesta hubiera infinidad de pasos totalmente lógicos. Así se descarta a todos los locos que no dicen más que tonterías sin sentido.

- Pero para ello debería usted desarrollar esos pasos lógicos, y eso es imposible para su pobre mente inferior. Eso mismo hace que no pueda desenmascararlos.

- ¿Por qué? - preguntó Mata.

“Sí”, pensó Fremont. Ya le tenía. Había sido una dura batalla, pero al final la partida era suya. Una frase más y dejaría sin habla al doctor Mata. En su cara se reflejó el triunfo, pero no duró más que un segundo, ya que la alegría dejó paso a la sorpresa primero, y al terror después, cuando su cerebro analizó lo que estaba a punto de decir y se dio cuenta de lo que realmente significaba:

- Porque sería imposible distinguir al loco del sinestésico. Y se dio cuenta de que había estado hablando con un sinestésico que mató a un doctor en ciencias físicas porque su lógica exacta no le permitía concebir las sinestesias vívidas.

El doctor Fremont Kiefer salió bastante confuso de la habitación 871 y sintió el olor de la puerta que se cerró a su espalda. Y mientras caminaba por el pasillo del hospital psiquiátrico iba escuchando el murmullo de los internos. Podía sentir la fricción de sus zapatos contra el piso, del cemento contra el hierro y escuchaba una pequeñísima gota que horadaba el hierro e hinchaba la pared.

Mientras tanto Mata recordaba el instante, con todos los detalles, en el que el doctor en ciencias físicas Geert Huth caía al suelo, en milésimas de segundos, tras el disparo que le atravesaba el pecho. Oía el aire que friccionado al cuerpo cayendo, parecía gemir, olía la perplejidad del rostro de Huth que continuaba escéptico a la situación. Presentía el golpe en el piso como cuando el agua rebota en miles de sonidos musicales y se estremecía al escuchar el corazón que dejaba de latir a la par del de él que latía acelerado, eran como dos relojes descompasados.